

F011
042/3

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ACTOS PÚBLICOS

COLACION DE GRADOS

APERTURA DE CURSOS

y

CONMEMORACIÓN DE SARMIENTO

(PUBLICACIÓN OFICIAL)



BUENOS AIRES

«IMPRENTA NACIONAL» DE J. LAJOUANE & CIA.

270—CALLE BOLÍVAR—270

1911

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ACTOS PÚBLICOS

COLACION DE GRADOS

APERTURA DE CURSOS

Y

CONMEMORACIÓN DE SARMIENTO

(PUBLICACIÓN OFICIAL)



BUENOS AIRES

«IMPRESA NACIONAL» DE J. LAJOUANE & C^{IA}

270—CALLE BOLÍVAR—270

1911

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Universidad Nacional de La Plata

CONSEJO SUPERIOR

PRESIDENTE

Doctor Joaquín V. González

VICE PRESIDENTE

Doctor Agustín Alvarez

CONSEJEROS

Por el Museo, Facultad de Ciencias Naturales: señor Samuel A. Lafone Quevedo (Director y Decano) y Doctor Enrique Herrero Duclox.

Por el Observatorio Astronómico, Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas: Ingeniero Nicolás Besio Moreno (Vice Decano en ejercicio).

Por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales: Doctores Rodolfo Rivarola (Decano) y Agustín Alvarez.

Por la Facultad de Agronomía y Veterinaria: Doctor Clodomiro Griffin (Decano) é Ingeniero Sebastián Godoy.

CONSEJEROS SUPLENTE

Por el Museo, Facultad de Ciencias Naturales: Doctor Roberto Lehmann Nitsche.

Por el Observatorio Astronómico, Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas: (vacante).

Por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales: Doctor José Nicolás Matienzo.

Por la Facultad de Agronomía y Veterinaria: Ingeniero Agrónomo Don Antonio Gil.

SECRETARIO GENERAL Y DEL CONSEJO SUPERIOR

Doctor Enrique Del Valle Iberluca

PRO SECRETARIO

Doctor Américo Pereyra Miguez

Universidad Nacional de La Plata

CONMEMORACION DE SARMIENTO COLACION DE GRADOS Y ENTREGA DE TÍTULOS Y APERTURA OFICIAL DE LOS CURSOS DE 1911

El 23 de Mayo de 1911 tuvo lugar en el salón de actos públicos del Colegio Nacional de la Universidad, el acto de la conmemoración de Sarmiento, colación de grados y entrega de títulos, y apertura oficial de los cursos del corriente año, de acuerdo con lo dispuesto por la siguiente

Ordenanza del H. Consejo Superior

La Plata, Mayo 10 de 1911.

Siendo un deber de la Universidad Nacional de La Plata, conmemorar en acto público el centenario de Sarmiento; habiendo terminado sus estudios durante los años 1909, 1910 y el corriente, estudiantes de todas las Facultades; y en atención

á que deben abrirse anualmente, en acto público, los cursos de la Universidad, de acuerdo con lo dispuesto por el art. 4°, inc. 8° de los Estatutos Universitarios,

El Consejo Superior de la Universidad, resuelve sancionar la siguiente ordenanza:

1.° — Señálase la semana del lunes 15 al sábado 20 del corriente para que en los diversos cursos universitarios y en los demás establecimientos de su dependencia, se tome como tema especial ó preferente, la vida, la acción, las ideas y la obra del prócer en la historia de la Nación.

2.° — Señálase el día 23 del corriente, á las 2 p. m., para que tenga lugar, en acto público, la conmemoración del centenario de Sarmiento, celebrándose bajo los auspicios de su ilustre nombre la colación de grados de los alumnos egresados de la Universidad en los años 1909, 1910 y el corriente, y la apertura oficial de los cursos escolares del presente año.

3.° — Ese acto se celebrará en el gran salón del Colegio Nacional de la Universidad, en cuyo acto se inaugurará el retrato al óleo de Sarmiento, obra de su nieta la señorita Eugenia Belín Sarmiento.

4.° — Designase al señor Profesor de Historia, Filosofía y Letras don Ricardo Rojas, para que haga uso de la palabra, en el acto, en nombre de los señores Profesores de la Universidad, y al ex-alumno don Amaranto Abeledo, en nombre de los egresados.

5.° — Comuníquese á las Facultades é Institutos y á los ex-alumnos que deban recibir sus diplomas, invítese por nota, á concurrir al acto, á S. E. el señor Ministro de Justicia é Instrucción Pública, á los miembros de los Poderes Públicos de la Provincia y á los señores Rectores de las Universidades Nacionales.

6.° — La Universidad adhiérese á la demostración dispuesta por la Comisión Popular del Centenario, de la Capital Federal, é invita á sus autoridades, profesores y alumnos de todas las Facultades, Colegios y Escuelas de su dependencia, á concurrir á la procesión cívica que se realizará en Buenos Aires el lunes 15 del corriente á las 2.30 p. m.

7.° — Cúmplase por Secretaría, dirigiendo las comunicaciones del caso, transcribáse al Libro de Decretos y Resoluciones y archívese.

J. V. GONZALEZ.
E. del Valle Iberlucea.
Secretario General

A las 2.15 p. m., el Excmo. señor Ministro de Justicia é Instrucción, Dr. Juan M. Garro, ocupó el sitio de honor en el estrado, teniendo á su derecha al señor Presidente de la Universidad, Dr. Joaquín V. González, y á su izquierda al señor don Augusto Belín Sarmiento. Tomaron también colocación en el estrado las señoritas de Belín Sarmiento, invitadas especialmente por el señor Presidente, el señor Vicepresidente de la Universidad, Dr. Agustín Alvarez, el señor Decano de la Facultad de Ciencias Naturales don Samuel A. Lafone Quevedo, el señor Decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria Dr. Clodomiro Griffin, el señor Rector del Colegio Nacional Dr. Donato González Litaro, el señor Jefe de Policía Dr. Juan A. Taquini y un grupo numeroso de consejeros y profesores de las diversas Facultades.

Discurso del señor Presidente de la Universidad Dr. Joaquín V. González

En seguida el señor Presidente de la Universidad pronunció el siguiente discurso:

Señor Ministro de Justicia é Instrucción Pública; señoras y señores:

Siento la mayor satisfacción, como argentino y como presidente de la Universidad, al abrir el acto más trascendental de la vida académica bajo los auspicios y la protección vibrante del gran espíritu de Sarmiento, quien, como encarnación más relevante de los anhelos nacionales de cultura, tiene en esta

casa, como su morada propia, como su templo, dedicado por la generación presente.

Y no es el caso de buscar armonías convencionales para intentar una celebración de ese nombre en un recinto como éste: Sarmiento no fué un universitario, en el sentido y alcance disciplinario del concepto; porque, precursor, propulsor y creador ingénito, su idea iba más lejos que la fórmula del día y su vasta política educativa abarcaba la acción de todos los grados de la enseñanza pública.

Sería, por tanto, el suyo, un tipo de universidad concordante con el de cultura que él soñaba y labraba, en detalle y en conjunto, para su país; precisamente aquel que el viejo patrón medioeval no podía ofrecer á la nueva democracia, que salía protestando del seno del coloniaje, obscuro y regresivo, y llevando en las manos las teas encendidas de las revoluciones, política, económica y mental. La universidad aristocrática y selectiva no podía contentar á aquel insaciable civilizador y fundador de pueblos, á aquel impetuoso abridor de puertas á la luz y al aire de la ciencia y de la higiene. Avellaneda nos describe la vida lenta y togada de la universidad virreinal, en cuya época, dice, "tardaba en llegar un libro desde España hasta la América, aún por la vía de las universidades, que se hallaban nominalmente "hermanadas", pero que no correspondían entre sí. Descúbrese de vez en cuando un pequeño reguero de libros, pero es producido por un acontecimiento extraordinario, como la presencia en Córdoba del erudito Obispo San Alberto, ó la vuelta del Deán Funes, después de haber cursado derecho en Alcalá de Henares y obtenido en Madrid su título como abogado de los reales consejos, y que trajo todas las obras aparecidas durante el reinado de Carlos III."

Sarmiento nos habla del estado real del alma americana, tal como la había dejado aquel régimen, y tal como la había de tomarla el educador público de la era constitucional: él que no había tenido más academia que la de su tío, el clérigo Oro, que fué toda su educación, "el arte de atesorar nociones por el oído", tal como hoy se dice, ó "educación por los poros", ó educación del ambiente. Y por eso él comprende que la escuela,

el colegio, el instituto, la universidad democrática, como la que preconizaba Jefferson, es la que no mezquina la ciencia ni la administra diferencialmente, ni tiende á las exclusiones, sino que la considera como la fuente de todo saber para toda inteligencia ansiosa de adquirirlo.

El problema ha variado en mucho hasta nuestros días, pero sólo en un sentido cuantitativo; la armazón es la misma; en el fondo del viejo tonel ha quedado la "madre del vino", y cualquier substancia nueva, y todo el mosto de las nuevas viñas, toma el gusto y el espíritu de las viejas bodegas. Sarmiento era en sí mismo el alma de las futuras universidades, las que nacieron en Estados Unidos, las que surgieron en Inglaterra en la primera década de nuestro siglo, aquellas que llevarán á uno de los más bellos talentos de la patria británica á decir que era necesario poner un poco más de ciencia en las humanidades, y más sentido práctico y moderno en el venerable clasicismo de las seculares aulas de Oxford y Cambridge.

¿Cómo sería el desencanto de su alma, quebrantada, es cierto, por un hondo dolor paterno, cuando decía á Mitre, desde Nueva York, en 1867: "del libro "La Escuela" deduzco que es trabajo perdido, si no es sólo semilla para otra generación. Examinó los hechos oficiales y los hombres y los intereses en boga, y veo que ahora más que nunca se alejan del buen camino. ¡Raza incurable!" ¿Y acaso no era éste un eco de otro inmortal desengaño de las eternas discordias argentinas, de San Martín, cuando escribía á López y Planes, en 1830: "el convencimiento de toda mi razón, justificada por la experiencia de veinte años, y el conocimiento exacto que tengo de la América, me dicen que un Washington ó un Franklin, que se pusiesen á la cabeza de nuestros gobiernos, no tendrían mejor suceso que los demás hombres que han mandado, es decir, desacreditarse, empeorando el mal"?

Instruir y educar era, pues, el problema de la República; pero instruir y educar una sociedad republicana, para una vida y un destino nuevos, que nunca podían ser los mismos de los cuales salían con tanto doloroso desgarramiento estas nacionalidades. La universidad de ellos debía ser así, diferente de

las que forjaron el hierro de sus prisiones, de las cuales nunca podríamos decir lo que un político inglés acaba de aplicar á todos los estados modernos, esto es, que estuvieron encerrados durante siglos sin ver que los cerrojos estaban puestos del lado de adentro. Los cerrojos de las cárceles universitarias hispanoamericanas estuvieron siempre del lado de afuera, y bien y celosamente custodiados por torvos é implacables centinelas. Por eso Mayo no fué una concesión, sino una revolución; y por eso la verdadera labor de la independencia duró más que el espacio ocupado por las batallas y por los hombres de 1810; y los que como Sarmiento trajeron su espíritu, hablaban hasta 1830 de reacción colonial y de contrarrevolución.

Los gobiernos "nacionales" — en el más intenso sentido de la palabra — fueron los más apasionados educadores y propagadores de la ciencia y de los medios científicos; pero respetuosos hasta el exceso por la tradición académica, no tocaron la armadura antigua, ignorando tal vez que los nuevos soldados colocados dentro de éstas, tenían que someterse á su férreo peso y duro mecanismo. Los institutos de alta ciencia no fueron puestos en contacto con la universidad; y por eso nada pudieron las sencillas verdades experimentales contra el imperativo de las facultades á base de especulación metafísica. El progreso de la cultura científica dentro de nuestros medios y procedimientos de trabajo nacional, se ha realizado en parte por la labor de algunas cátedras y maestros, y en otra parte por esa efficacísima enseñanza del oído de que habla Sarmiento, ó por los poros según otros, y el resto por el propio interés y por la propia ley de la industria que busca el mejor producto; y esa escuela ha sido la de la libertad, la de la protección acordada á la mano y á la inteligencia extranjeras durante medio siglo de vida constitucional.

Y bien: Sarmiento sentía en sí mismo la universidad nueva al desear y procurar para todos y en todas las formas los beneficios de la ciencia. Se debe ir á la universidad para saber, para conocer, para ser más culto, para ser mejor, para tener más fuerzas de idea y de acción, para combinar con la de otros esa misma fuerza y hacerla una fuerza colectiva, nacional, hu-

mana. Es decir, que la Universidad es el estado mismo que se guía y se conduce por el buen camino hacia un destino mejor, por medio de hombres mejores que disponen de recursos más eficaces para la tarea constructiva de la felicidad común.

Nada de esto significa que yo proclame las excelencias de lo inorgánico, ni de lo disperso, ni de lo indisciplinado. Muy en contrario: la más fecunda labor educativa ha de ser la más científica, la más técnica, la más específica. Estudiar los caracteres dominantes de la sociedad y de su territorio, distribuir en ellos los centros convenientes de observación y experiencia; dar al pasado la parte proporcional que le corresponde su vida presente y vitalidad futura; seleccionar los conocimientos en armonía con esas condiciones, y confiar la enseñanza á los mejor preparados, á los que han de dar en cultura y en inteligencia y en aptitud el mayor y más selecto producto á la nación y á la humanidad. En suma, la fórmula de Lord Roseberry, en 1905: la Universidad nueva, "ocupándose de los nuevos ramos del saber, y de lo práctico y concreto, más bien que de lo antiguo y de lo abstracto"; viviendo la vida real de la sociedad y del espíritu humano de su tiempo.

Formar ó desarrollar el espíritu científico en las nuevas generaciones, es dar á la nacionalidad base inmutable de permanencia y fortaleza: primero, por el sentido é influjo de la verdad como rasgo dominante del carácter colectivo; segundo, por la mayor solidaridad y bondad que la ciencia inculca en las almas; y, por fin, que sólo ella asienta la vasta fábrica de la humana cultura sobre cimientos indestructibles. La transformación del viejo espíritu colonial, — la revolución definitiva que Sarmiento perseguía en su prédica y en su batallar de casi un siglo, — es obra de la ciencia, y nada más; pero de una ciencia actual y concreta que estudie los problemas positivos de la sociedad política, con la mira hacia las soluciones inmediatas y en relación con su destino permanente, en el núcleo humano á que pertenezca.

En este sentido, las universidades argentinas tienen mucho que emprender y mucho más aún que realizar; pero antes deberán armonizar su labor y correlacionarla, empezando por

crear entre ellas, para difundirlo después en el espíritu de las nuevas generaciones, el sentimiento de la solidaridad nacional. Ellas no pueden considerarse como universidades distintas, sino como una sola que trabaja en diferentes regiones y por diversos métodos, por la misma conquista espiritual: la diferenciación en los medios, en las direcciones, en los fines particulares, dará á la obra de un valor experimental conjunto inmenso, los resultados serán siempre fecundos para la ciencia y para la Nación, en sus intereses más inmediatos, en sus ideales más prospectivos.

Desde Cleveland á Taft, los presidentes de los Estados Unidos, han hablado á los núcleos de maestros y alumnos de las universidades de la Unión, llamándolos á la labor de cultura y modelación del espíritu de su tiempo, en su propio medio local, hasta los más extensos de la vasta República. Y en efecto, ningún llamamiento es más justo, porque ellos son los conductores, los ejemplos vivos de la acción ilustrada, de la virtud auxiliada por el saber, y del saber, anticipando por la observación metódica del laboratorio, los siglos de experiencia que hubo de soportar la humanidad antigua.

He ahí, señores graduados, la misión del hombre que ha vivido la vida de la universidad moderna. El ya no es un aristócrata ni un togado, ni lleva en sí la señal del poseedor de misterios insondables: es un obrero de la colmena común, es un partícipe de las inquietudes y esperanzas de todos, sobre quién pesa una responsabilidad tanto mayor cuanto mayor suma de ciencia ha atesorado en su espíritu. Si hay en la vida un comunismo justificado, es el de la inteligencia y la educación, como el de los agentes primarios de la vida física, el calor, la luz... La ciencia de la universidad no es excluyente: ella la comunica á un núcleo elegido, para que éste la transmita en un vínculo más extenso por los métodos que le ha revelado, según los cuales las más vastas investigaciones, y los más hondos problemas, quedan reducidos á sencillos postulados y fórmulas, al nivel de las mentes infantiles; por eso he dicho que la escuela primaria y la universidad eran la misma cosa vista en planos diferentes del desarrollo y la

evolución intelectual, y por eso este instituto, en su concepto integral y los procedimientos á que procura someter sus investigaciones y enseñanzas, se acerca al verdadero tipo de universidad científica y moderna, tal como lo exigen las nuevas condiciones del universal progreso.

Este día ha sido consagrado á la gloria de Sarmiento por la Universidad que él no conoció, pero que llevó consigo, virtualmente, en su genial comprensión de todas las cosas; como los hijos que nacen después de la muerte de sus padres, ella ha dedicado desde sus primeros días un amor acendrado á los fundadores y propagadores de la cultura patria, cuyas figuras ilustres y venerables honran sus aulas y presiden sus labores, y entre las cuales la de Sarmiento, perpetuada por la inspiración artística y la piedad filial de su nieta, incorpórase hoy á ellas con sus rasgos inconfundibles, de un relieve prominente y dominador. Por esto el luchador nunca reposado pudo salvar para su posteridad y la de su patria la expresión personal y directa que otros próceres perdieron en las vicisitudes y agitaciones de sus tiempos, de duras pruebas y combates sin cuento; y también las generaciones de estudiantes que en lo sucesivo vengan á esta casa en busca de su parte de luz en el foco de la ciencia común, encontrarán la mirada plácida y abierta de sus grandes ojos serenos, que reflejaban su insuperada fuerza mental y afectiva, y los invitará á las nobles meditaciones del estudio y á las bellas actitudes de la virtud, que se da toda entera en su misión de amor y sacrificio, por remota ó imposible que juzgue la recompensa.

Y bien, señores graduados: al término de los afanes que os adhirieron á esta joven Universidad, que vive del impulso y protección de las dos entidades políticas de la Nación y de la Provincia de Buenos Aires, es justo pensar en los deberes contraídos, como miembros de una y otra comunidad política; consagrarse á la tarea de difundir la cultura y el espíritu científico en todos los campos en que se apliquen las aptitudes adquiridas, ya en aquellos en que se siembran ideas y emociones para cosechar mundos de ciencia y de arte para la gloria de la patria, ya en aquellos en que se siembran semillas y

se crían ganados, para concurrir con sus cosechas materiales al mayor goce y bienestar de las naciones. Buenos Aires, cuna y asiento seculares del sentimiento emancipador de esta región de América, núcleo palpitante de la llama revolucionaria, de la acción democrática y de toda la gesta histórica de nuestro siglo ya cumplido, después de ceder su capital benemérita para la definitiva organización de la República, necesita restaurar las fuerzas perdidas y reponer los factores de su progreso exclusivo y local; y la Universidad debe dárselas en pago de una deuda suprema y, puede creernos la opinión del país, que en ella se trabaja con pasión, con fe, con amor, para devolvérsela, no sólo en forma de bienes materiales mejorados y multiplicados por la ciencia, sino de clases, conciencias y caracteres morales de un nivel superior, capaces de recobrar y dignificar la gloriosa tradición, y afirmar para el porvenir una sucesión continua de progresos institucionales.

Al declarar oficialmente abierta la labor universitaria de 1911, comenzada en el hecho con el primer día de Marzo, y al expresar mi saludo y mi voto más amistoso por su triunfo en la vida á los nuevos graduados, recuerdo á los estudiantes actuales y á los que acaban de serlo, que una sombra ilustre y venerada ha presidido desde su altura invisible este acto, y con ella acompañará á unos y á otros en sus ulteriores afanes por la ciencia y por la felicidad — y agradezco en nombre del Consejo Superior y de las facultades la grata honra y fortificante compañía de los altos funcionarios del Estado, y la presencia de los representantes de la familia del patricio, quienes, por su acendrada é inteligente consagración al culto de la gran memoria de Sarmiento, concitan más cada día en su alrededor, el respecto y el amor del pueblo argentino.

Decreto de la Presidencia sobre entrega de diplomas á ex-alumnos de diversas Facultades, Institutos y Escuelas.

El señor Secretario General y del H. Consejo Superior, leyó el siguiente decreto de la Presidencia de la Universidad, mandando entregar los respectivos diplomas á ex-alumnos de diversas Facultades, Institutos y Escuelas:

La Plata, Mayo 22 de 1911.

Habiendo terminado sus estudios, según las respectivas comunicaciones de los señores Decanos, de Doctor en Química en la Escuela de Química de la Facultad de Ciencias Naturales el Sr. Segundo J. Tieghi, de Farmacéutico en la Escuela de Química y Farmacia de la misma, la Srta. Adela C. Belgrano y el Sr. José María López, de Profesor de Geografía en la Escuela de Geografía del Museo los señores Esteban Menéndez, Angel Custodio Herrera, Honenay Giotta, Ercilia Mendoza y Sara Larrosa y en la Escuela de Dibujo del mismo de Profesor de Dibujo en enseñanza primaria y escuelas industriales el señor Miguel C. Mathieu y las señoritas María Esther Gutiérrez, Ada A. Lanza, Evelina Marraccini, Ofelia Raffaeli, Emma M. Rico, María Luisa Picasso, Elvira Vicentini, G. Elena Doyere, María Teresa Bertomeu, Genoveva Unchalo, Ana María Espinoza, Juana C. Lanteri, Aurora C. Sagardia y Rosa S. Peralta Ramallo; de Dibujante Cartógrafo los señores José María Rey y Juan Falsa y las señoritas Elena M. Martínez Graells, María A. Cortelezzi, Dolores Monteagudo Tejedor, Carmen Olivia Duarte Indart y Angela Robín; de Dibujante técnico las señoritas Carmen Olivia Duarte Indart y Angela Robín; de Abogado, el señor Oliverio W. Caminos, y de Escribano el señor Pedro Ichanamono, de Procurador, señor Adriano Bonani, y en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales; y en la Sección Pedagógica de la misma, de Profesor de Enseñanza Secundaria los señores

Juan N. Segade, Mario Ponce de León, Victorio M. Delfino, Ricardo Calatroni, Amaranto A. Abeledo, Alfredo D. Calcagno, Edelmiro Calvo (h.), José Alvarez, Ataulfo Lucero Olmedo, Francisco Legarra, José M. Azzarini, José Collo, Teófilo Isnardi, Juan L. Ferrarotti y Román Galarza y las señoritas Malvina Limousin, Marceliana Astelarra, María Teresa Cuello, Sara L. Manelli, Lucrecia C. Belbey, Angela M. Calderoni, Matilde L. Hermida, María D. Lafont, Hortensia Lopera, Angelina Tapia, Clotilde M. Valente, Orfelía Vázquez, Juana E. Albarracín y Virginia Broggi; y de Profesor de Enseñanza Secundaria y Superior los señores Domingo J. Zeni, Ramiro Biglieri, Héctor Beguito, Alfredo Riva, Jaime Baimó Sarracin y Juan E. Lozano y las señoritas Celia Silvia Lynch, Amalia Vicentini y Dominga Lanza; de Doctor en Medicina Veterinaria, los señores Regis J. Areco, Héctor Fernández, Juan Pastorini, Gregorio J. Ruiz, Alfredo C. Pérez Varas, Gabriel L. Dasso, Mario E. Rébora, Eduardo Blomberg, Pedro P. Ramella, Pedro N. Quiroga, Isidoro Acevedo, Facundo J. Egaña, Enrique Durrieu, José M. Quevedo y Rinaldo Visconti, y de Ingeniero Agrónomo, los señores Marcelino Boerr, Benito J. Carrasco, Federico Alvarez de Toledo, Juan F. Baldassarre, Alejandro Botto y Pedro T. Pagés, y las señoritas Amalia Vicentini y Celia Silvia Lynch, en la Facultad de Agronomía y Veterinaria;

El Presidente de la Universidad, —

RESUELVE:

1.º — Otórguese á los ex-alumnos nombrados respectivamente, los diplomas de Doctor en Química, Farmacéutico, Profesor de Geografía, Profesor de Dibujo de enseñanza primaria y escuelas industriales, Dibujante Cartógrafo, Dibujante Técnico, Abogado, Escribano, Procurador, Profesor de Enseñanza Secundaria, Profesor de Enseñanza Secundaria y Superior, Doctor en Medicina Veterinaria é Ingeniero Agrónomo;

nomo; y **hagáseles entrega en el acto público del día 23 del corriente, previo pago de los derechos universitarios.**

2.º — **Transcribese en el Libro de Decretos y Resoluciones y archívese.**

J. V. GONZALEZ.

E. del Valle Iberlucea.

Secretario General

Discurso del señor Profesor de la Sección de Historia, Filosofía y Letras, don Ricardo Rojas

Luego el señor Profesor de la Sección de Historia, Filosofía y Letras de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, don Ricardo Rojas, designado por el señor Presidente para hacer uso de la palabra en este acto, leyó el siguiente discurso:

Señor Ministro de Justicia é Instrucción Pública;

Señor Presidente de la Universidad;

Señoras y Señores:

Sin duda otra palabra de mayores prestigios que la mía, hubiera debido hacer la proclamación oficial de esta ceremonia, que es de ritual universitario y de apoteosis para Sarmiento; pero en cambio ninguna hubiera podido alzarse en este púlpito laico de la Universidad, tan orgullosa y emocionada por el mandato que traigo, ni tan intensamente conmovida por el anhelo de la cultura americana, ni tan profundamente estremecida ante la sombra del héroe que, á conjuros de nuestra advocación, descenderá esta tarde, en el vívido lampo de su gloria, á esclarecer el ámbito de la sala sobre **nuestras propias cabezas; como el lampo feliz de los soles rurales, sobre los frutos y las frentes de una lograda vendimia.**

No quisiera, esta tarde, sino volver mi espíritu hacia el lado de las cosas eternas, de donde llega aquella ráfaga gloriosa que ya sentís sonar, para que ella pasara por mi voz estremeciéndola con sus sonos misteriosos, — como quien entrega el bronce de su inerte clarín á los alientos del pulmón del guerrero, ó como quien, gozoso, se abre en raja de roble ó grieta de montaña, para que en ella ruja y cante el viento formidable que viene, como un aliento de Dios, del lado obscuro de las cumbres. Pero yo sé que el prodigio de convertir la palabra en sinfonía y la sinfonía en aquilón y el aquilón en soplo eterno, no se realiza con la pobre voz del hombre, ni cabe en el mezquino círculo de mis labios, así os parezcan trémulos de auténtica emoción, como las trompas de un órgano; de suerte que con la sola presencia del alma en la palabra, de la palabra en el silencio, del silencio esculpido por la voz, he de evocar ante vuestros ojos, y en vuestro propio ser multánime, la figura ritual de aquel Sarmiento semejante á un Totem indefinible — ¡Totem de toda nuestra raza — cuya cabeza tuvo penetrantes los ojos, como de águila, para vencer el ceño de los déspotas y trascender al porvenir; velludas y apantalladas las orejas, como de simio enorme, para recoger en ellas todos los rumores de la pampa bárbara; ancha y de blandas alas la nariz, como de corcel piafante, para que humeara y resollara por ellas su fornido entusiasmo; potente, como de toro, el ancho cuello, para que rugiera estentéreo por él, su grito de victorias y de cóleras: agresiva, como de jaguar indiano, la mandíbula recia, para que pudiese despedazar enemigos su eficaz dentellada; glabra, por fin, la frente, como testa de cóndor, — que tal su genio alzara el vuelo victorioso desde la humilde roca andina donde tuvo su nido, rumbo al lejano cielo de las Pléyades, todo eterno y azul como la Patria, donde hoy cierne sus alas.

Yo no sé si os complace este desacompasado rumor de mi discurso; esta falta de moderación académica en el ritmo de mi oración; este fragor de entusiasmo que sube del corazón á la palabra; este inflamado lirismo con que mi alma, al volcarse sobre el silencio previo de la sala, ha resonado, junto

á la sombra del excelso maestro, como agua de cascada sobre su peñasco. Excusad en el poeta estas demasías del profesor: yo no sé hablar sino de las cosas que me entusiasman, y el nombre de Sarmiento me conmueve, y amo la patria que él amaba. La tribuna que ocupó es demasiado nueva para tener en su tradición el frío secular de las Salamancas y Sorbonas congéneres; ella es en nuestro país una tribuna de libertad y sinceridad, pues tiene el autorizado precedente del propio fundador, que al defender un día esta casa, dijo desde ella que iba á hablaros como hombre, según su corazón y su conciencia, sin adaptarse á ceremonial alguno complaciente ó acomodaticio". Yo también traigo aquí la querrela de mis sentimientos de hombre, y no creo que por ser día solemne, haya debido dejar á los umbrales de este recinto mi corazón de argentino, y la palabra de escritor con que hablo á diario á mis alumnos. No creo, tampoco, que deba ó pueda hablaros de otro modo, en ocasión como ésta, que por la presencia de magistrados eminentes, por la efemérides de Mayo, por la advocación de Sarmiento, por la entrega de los grados y por la inauguración oficial de los cursos, es ocasión toda entera de la patria, del trabajo, de la esperanza, de la paz, de la democracia, de la ciencia, de la juventud, de la belleza, de la justicia, de la gloria. Ocasión de la gloria, sobre todo, en loor de un genio que así imaginaba, pues no las honras militares que se decretaron á su muerte, ni las honras eclesiásticas que se le han decretado en su centenario, fueron las formas de apeteosis que concibió para su propio nombre; él, que en una de sus páginas más bellas, vetó las glorias del ascetismo y de la iglesia porque las creía estériles, y que sólo salvó de entre los santos á San Vicente de Paul, porque le consideraba el representante de la caridad "el bien eterno independiente de toda creencia"; él, que en aquella misma página vetó las glorias de la guerra y del poder, porque las creía nefastas, y que al personalizarlas en Napoleón, auguró "el día en que el ridículo del mundo entero caería sobre aquel grandioso cómico dañino, que en la ignorancia del carácter y necesidades de su época — son sus palabras — representó una tragedia latina, haciendo del Cor-

nelio Nepote del Colegio, el libreto de aquella ópera de veinte años con acompañamiento de cañonazos". "Ciencia difícil de comprender, — llamábale él á la pasión de la gloria, — porque no se explican sus principios; arte durísima de practicar, porque impone privaciones, dolores, martirios que todos soportarían, si supieran claramente que ella conduce á vivir siglos en despecho de la muerte, á ser ciudadano y conquistador de gran número de naciones, sin necesidad de derramar sangre, y acaso con economía de la propia". Y el inspirado que así hablaba, conocía los principios de aquella ciencia y los dolores de aquella arte difícil. La gloria que él soñaba, era la gloria de la democracia y de la paz, cuya posteridad está en la escuela. El día de las exequias, su féretro fué envuelto, según su propio voto, en las banderas de las cuatro naciones sudamericanas á las cuales directamente se ligaba por el amor y la acción inmediata de su propaganda: el Uruguay, Paraguay, Chile y su Patria. Conquistador de la gloria por la palabra y el ardor filantrópico de su sangre, comenzaba desde aquel día á ser ciudadano de otras naciones por la gloria, según su propia definición. Sobrevivir en mengua de la muerte, esto era lo que, acaso, pudo presentir en los días de la vejez, cuando en torno de su corteza rugosa como de roble secular, ó de peñasco, ó de monte, — tal Polifemo oyendo el canto de las náyades ó un tropel de centauros — sintió venir del lado del alba, el canto de la infancia redimida y el tropel animoso de la juventud.

Un día, aquel hombre que había sido, en las vicisitudes de su áspero vivir, proscrito y prisionero, guerrero y peregrino, tornaba de Norte América á hacerse cargo de la presidencia de la República. El ausente de varios años, fué recibido por el pueblo de Buenos Aires en los muelles, uno de esos entusiasmos histéricos, que la tornadiza popularidad concede á veces á los hombres de Estado. No se ocultó á los ojos de Sarmiento el valor relativo de esa manifestación, que hubiese envanecido á muchos de los que tanto afeaban su pintoresca vanidad. Y cuando al siguiente día, después de los homenajes de aquellos electores reales ó pre-

suntos, llegó hasta sus balcones el homenaje de las escuelas, se adelantó para declararlo, conmovido: "La manifestación de la llegada puede enorgullecer á cualquier hombre, pero puede hacerse á veinte personas más en Buenos Aires, en la República Argentina, en la América española, que la merecen más que yo. Pero la manifestación de los preceptores y de los niños de escuela, no es igual. Esta es puramente mía: ésta no la cedo á nadie, porque me pertenece exclusivamente, porque es el resultado de mi obra de treinta años." Esto quiere decir, señores, que sus oídos conocieron, en vida, el coro alado de las bendiciones infantiles; que sus montuosos ojos de abuelo de la Patria, pudieron contemplar, en sus últimos años, á su vera, las manos como lirios y las mejillas como rosas en que el porvenir le anticipaba su premio y en que la tierra nueva florecía, tras su larga fatiga de sembrador. Ese fué el predilecto entre sus últimos amores; por eso los millares de voces escolares, que el día oficial de la conmemoración se han llevado para glorificarle, en las ágoras metropolitanas, en las aldeas del desierto patagónico ó en los pueblos de las viejas provincias coloniales, — mensaje de la tierra feliz, que iba á conmover de gloria el límite de la sombra, — habrán hecho resplandecer, como el clarión de un cielo tenebroso, el alma vigilante de nuestros héroes.

Permitidme creer, no obstante, que la presente ceremonia excede en trascendencia á todas las iguales del pasado fasto. Yo he frecuentado, con intuición de amor, la obra vasta del héroe, — maestro de abnegación y patriotismo para todo argentino. Mi oración de esta tarde es el epílogo de una lenta labor que ha tenido por generosos colaboradores á mis propios alumnos, hoy dispersos entre el auditorio, como para comunicar, por irradiación secreta, confianza en la verdad de mi entusiasmo. Ya iréis comprendiendo, pues, por qué mi voz se conmovía y aceleraba su ritmo en el exordio, al sentirme, de pronto, ante la excelsa presencia y medir el honor y la responsabilidad que unían mi palabra. Melodía creadora, como la potencia de los númenes alfiónicos, tal revelábase su alma, cuando, hace pocas noches, hablaba de ella

(“He ahí las imágenes que el combatiente mira sobre el escudo de Vulcano, que acaba de traerle su madre. Ignora Eneas semejantes hechos, pero se goza en mirarlos. Y abraza aquel escudo, donde están grabados la gloria y el destino de su raza”).

Mi juventud, señores, no me ha permitido conocerle y tratarle, como pude con Mitre. Llegué del interior, donde, como él, he nacido, cuando ya el Cíclope había muerto. La imaginación me ha permitido, sin embargo, reconstituir aquellas escenas que ponían á la juventud en su contacto, y algo puedo contaros de ellas. Los estudiantes del colegio y de la universidad, buscáronle varias veces, en sus años postreros, para aconsejarse de su experiencia, para aplaudirle por su civismo, ó para confortarle en el espectáculo de su lozana ancianidad. Fueron en 1883 á significarle su adhesión en su lucha por las ideas liberales, que han triunfado con la constitución de la escuela laica y de la familia civil. Habían ido, en 1881, á felicitarle por su natalicio. Volvieron en 1886, cuando cumplió 75 años. Vecino ya de la muerte, cantaba entonces con mayor fervor á la vida. Recibíales regocijado. Hacía el elogio de la ancianidad gallarda de Gladstone y de la suya. Afirmaba que el cultivo de la inteligencia prolonga la vida. Comprendía la belleza moral de los ancianos ilustres en una joven república. No creyó nunca, sin embargo, que debía tenerse el culto de la ancianidad por las canas sino por las obras. Admiraba en vidas como la de Pitt, la fuerza de una juventud bien razonada. No pensó nunca, desde luego, que debía postergarse á los jóvenes hasta que fuesen más viejos, porque eso lleva el riesgo de dejarles perderse, como al buen grano de la cosecha en sus hórreos. Sentía la continuidad de la patria en la historia, y contaba sus hechos para que alguno de los mozos que le oían, ó todos, la continuasen en lo porvenir. Formidable era, como un monstruo en su cueva, y hablábales, no obstante, como un patriarca en su hogar. Una lágrima le brillaba á las veces los ojos acerados, de profunda luz. Un sollozo enronquecía, no pocas, la nerviosa voz. Una sonrisa dulcificábale casi siempre el

tosco labio. Entonces era el hablarles de la situación moral del país, que comenzaba á caer en la venalidad, la del pueblo y la del gobierno. Tenía esperanza en los hijos argentinos de la inmigración, pero la inmigración, como hecho actual, lo entristecía. Aconsejábales cumplir con sus deberes cívicos; vivir intensamente y noblemente. Acaso, por aquellos días, la hostilidad oficial, activa ó pasiva, reducíale á su soledad; entonces, por entre el consejo, solía gruñir su incorregible alusión: “Imítad mi ejemplo — ¡oh, jóvenes! — vivid setenta y un años, por lo pronto, reservados todos vuestros derechos á las eventualidades. Vivid, sobre todo, sin pedirle permiso al jefe de policía, como lo he hecho yo en todos los tiempos”. Otras veces, magistrados de bota, en perpetuo esfuerzo de regresión, habían puesto por esos días en peligro la enseñanza y su presupuesto que debiera ser entre nosotros sagrado, y entonces, sin perjuicio del apóstrofe, del argumento ó del clamor, contaba á los muchachos su anédocta regocijada: “Un día vinieron á decir á una señora que la vida de su marido se veía amenazada, porque lo había cometido un oso, y ella sin inmutarse, contestó: “Yo no me entrometo en los asuntos de mi marido, que él se las componga con el oso”. A lo cual comentaba: es lo que pasa en la República Argentina con la educación. Se dice que es necesario educar á los pueblos; mas los gobiernos contestan: “No me meto con el oso”. Pero es necesario meterse con el oso, para que el pueblo argentino sea una verdadera democracia”. Pero la última vez, en 1886, su anédocta no fué regocijada, sino grave; fué el episodio de un cuento persa, grave y moral, para que lo oyesen aquellos jóvenes, que iban á sobrevivirle. Su voz debió tornarse ronca y solemne, como la voz de un anciano que va á morir:—“Un gran rey de Persia, les dijo, llevaba siempre consigo, en sus excursiones alrededor de Ispaham, capital de su estado, á su tesorero, para premiar las acciones virtuosas que presenciase. ¿Qué hacéis, buen anciano? dijo á uno que estaba plantando árboles. — Planto, — ¡oh, Rey de Reyes! — contestó, — planto nogales. — ¿Y para qué plantáis nogales cuyo fruto no alcanzaréis á comer? — Para pagar mi deuda á los que plantaron aquellos cuyo

fruto gusté en mi juventud". Y el rey, encantado por tan discreta respuesta, hizo una seña al tesorero para que regalase al anciano con un bolsillo de dinero, en muestra de su aprobación".—Yo me figuro que en ese instante, debió realmente parecer uno de aquellos patriarcas orientales, bendiciendo á su pueblo con el apólogo mismo en que trasmitía, inviolado, el emblema de una sabiduría secular... Así vivió aquel estu-
pendo plantador de nogales, plantándolos hasta la tarde de morir; y es tan enorme la generadora fuerza del bien, que nosotros, todos, los jóvenes y viejos, hemos venido también a plantarlos hoy en el solar de la patria, para agradecer el fruto ahora gustado, á la sombra del árbol que otras generaciones argentinas plantaron, y que además regaron con su sudor y con su sangre.

Con profunda comunidad de inteligencia y de corazón, amaba este hombre á la juventud estudiosa de su país; pero no reside propiamente en sus consejos ó en su actitud la grandeza religiosa de aquellos momentos en que rodeaba á tal peñasco la marea renovada de las nuevas generaciones. Yo he procurado comprender el secreto de aquella vida. Yo sé lo que él sintiera cuando asistió, siendo niño, á aquella plegaria de pastores en la sierra puntana—la escena bíblica que ha descrito en el "Facundo"; la escena en que el viejo gaucho, junto á su hato y su gente, frente á la llanura polvorosa y desierta, pedía lluvia para los campos, multiplicio para los ganados, paz para la República. Yo sé lo que él sintiera cuando, cruzado que volvía del destierro para la lucha contra Rosas, pisó por vez primera esta pampa argentina que había descrito sin conocerla, pero que había adivinado porque iba á ser el teatro de su gloria. Yo sé lo que él sintiera, cuando en la tarde de amargura, se separó de Urquiza, á quien él mismo ha llamado "el gran termidoriano que les guiaba", para partir, después de Caseros, cuando ya creía roto su destino, rumbo á Chile, camino de su nueva proscripción. Yo sé lo que él sentía, por eso puedo decir que nada fué tan hondo y bello dentro de su alma, como aquellos encuentros casi póstumos con la juventud argentina que le llevaba, como ratificación de su pasado, esa pregu-
s

ticia histórica, y como certidumbre de nuestro porvenir, esa alegría de fuerzas nuevas: onda que así fundía al héroe con su pueblo, emoción que le hacía temblar en la secreta remembranza de sus propios días y de los nuestros, y levantarse de su alma en aborto, epifanía ó insurgencia, y pasar ante su alma en teoría, cortejo ó tropel, y volver hacia su alma en resurrección, evocación ó metempsícosis recóndita de las imágenes revividas por el gozo ó la pena — todo cuánto sus ojos habían visto, cuánto sus oídos habían escuchado, cuánto habían hollado sus plantas, cuánto habían escrito ó realizado sus manos: — hombres, fieras, árboles, tiranías, pueblos, montañas, héroes, ejércitos, corceles, himnos, mares, libros, sangre, esclavos, dianas, gritos, tumbas, lágrimas, banderas, — tenebrosos y resplandores, — todo cuánto había entrado en la realización de su vida homérica y de su sueño gigante, — júbilo del peñasco sobre sus aguas remansadas, melancolía de la tarde sobre las dehezas florecidas, potencia de las alas caudales sobre las cumbres de esa montaña de vida que entonces se le aparecía como la pavorosa arquitectura de su propio génesis.

Ya veís, señores, por cuantas vías de verdad, de belleza, de amor, viene esta tarde aquella sombra preclara, á presidir nuestra fiesta de la juventud, de la patria y de la universidad.

Derechos tiene para presidirnos, en esta colación de grados — vendimia de otras cepas que también plantó — quien pusiera lo mejor de su esfuerzo y de su ensueño, en el alma de la juventud. Merécelo Sarmiento, el fundador de escuelas primarias que son respecto á los institutos de la cultura superior como la piedra humilde y necesaria del cimiento, á las piedras de la cúpula armoniosa y científica. Merécelo él, fundador de colegios secundarios que establecen entre la universidad y la escuela, — así esté donde hoy estamos reunidos, — una relación como de vasos comunicantes. Merécelo este fundador de colegios nacionales, que como Mitre en Buenos Aires y Urquiza en el Uruguay, los abrió en las ciudades meridionales, donde funcionaron, á veces, para brillar mejor,

en casas que habían sido cárceles y cabildos de caudillos locales, como aquella de Ibarra, en Santiago, donde yo estudié; la misma casa donde mi padre había, en tiempos que eran como medioevo de ciudad italiana, sufrido las prisiones de aquella Florencia sin Médicis.

Derechos tiene, también, para presidirnos, en esta efeméride de Mayo, quien viviera como un héroe digno de aquel año 11 trágico en que nació: este Sarmiento forjador de patria, de quién he dicho yo mismo que su genio consiste en haber sido, predestinadamente, porfiadamente, inquebrantablemente, y con una desbordante capacidad de inteligencia, de sensibilidad, de voluntad, que superan la medida humana, la conciencia viva, personificada y agorera de su patria, en todas las direcciones posibles del tiempo, del espacio y del espíritu.

Tales derechos le bastarían á Sarmiento, para entrar así, triunfalmente, á presidirnos en la fiesta y en los destinos de nuestra universidad, puesto que siéndolo de la patria nos atañen también. Pero es que Sarmiento tiene, además, títulos propios ante las universidades argentinas, y más ante la nuestra, pues este hombre que no las cursó, era de aquellos raros que no necesitan entrar en la universidad, porque la llevan dentro. ¿Qué era sino llevar la universidad dentro de sí, y especialmente las futuras universidades argentinas, aquella fraternidad de su inteligencia con sabios como Burmesteir, ó como Gould, á quién preguntaba en un discurso solemne: “¿Quién creéis que os estima más que yo en el país, Mr. Gould?” ¿Qué era sino llevar la universidad dentro de sí, aquella forma personal de extensión universitaria que él esparció en conferencias, en folletos, y Bibliotecas Populares? ¿Qué era sino llevar la universidad dentro de sí, aquel libro donde expone, al regresar de Europa, todo un sistema de educación democrática, como Mann habría de practicarlo en el Norte y él en el Sur; ó el otro que él mismo llamó “historia beduina”, donde describe el caudillaje y sus guerras; ó el otro donde pintó, conmovido como un artista y como un hombre, la humilde casa de su madre en San Juan? ¿Qué era sino llevar la universidad dentro de

sí, fundar institutos superiores como el observatorio astronómico de Córdoba, hermano mayor del nuestro de La Plata, erigido aquel con una conciencia completa de su importancia social y científica, pues nadie le adelantó entre sus compatriotas de entonces, á comprender la necesidad de los altos estudios, cuando decía en la inauguración: “Tiempo era ya de que se erigiese un observatorio astronómico cerca de una de nuestras más antiguas universidades, ya que, como lo he visto yo en los Estados Unidos, no hay universidad, ni aún colegio, que no ostente un telescopio ó reflector, como el de Chicago, reputado entre los más completos del mundo”; ó cuando hablaba, en medio de la indiferencia, de la oposición ó la estulticia ambientes, de que nuestra lengua iba á incorporarse al acervo de los modernos conocimientos científicos, por éste y otros esfuerzos análogos; ó cuando afirmaba que ese observatorio venía “á continuar la obra” de ambos Hershell en el cabo de Buena Esperanza y de Guillis en Chile, completando así el estudio del cielo austral, que contiene la más rica parte del mundo sideral, como el norte contiene la más extensa porción del terrestre”; — iniciación poderosa en el desinterés humano y la armonía científica, que son la base de toda universidad, y que aquel extraordinario vidente había aprendido, acaso menos en los libros que en la vida, cuando en sus noches trágicas de proscripto, desde la altura de los Andes, vecino de los cielos, hubiera descubierto, al levantar los ojos hacia la luminosa noche austral, aquella Cruz flamígera de estrellas que ha sobrecogido muchas veces mi alma, en éxtasis sobre esas mismas cumbres, porque ella fulgura sobre nuestro continente y sobre nuestra patria despierta y hospitalaria, como un signo de las cosas eternas que auguran el destino feliz de la democracia, del cristianismo y de la justicia humana sobre esta parte de América.

Separado Buenos Aires de la Confederación, después de Caseros, se alejaba Sarmiento rumbo á Chile, para una nueva y voluntaria proscripción. La nave que lo conducía, debía pasar por el Brasil, para descender de allí al Estrecho. Una vez

en Río, Sarmiento quiso saludar al Emperador, que había sido nuestro amigo en la guerra contra el Tirano. El mismo lo narrado, en carta confidencial á Mitre, los detalles de aquella entrevista entre el monarca joven y culto que era entonces don Pedro II, y el viajero desventurado que no era estadista aún, pero que ya había escrito el "Facundo" y visitado aquella Europa romántica del 48. "Estuve con el Emperador, quién me recibió con suma distinción, haciéndome mil preguntas sobre nuestras cosas. Preguntóme si yo había estudiado en la Universidad de Buenos Aires, y respondióme que no, que yo era "doctor montonero", como tantos de nuestros generales, lo que le hizo reír mucho...." ¡Ah, señores, si el peregrino que esas palabras escribía en aquella noche incierta de Petrópolis, hubiera sospechado que en el acto más solemne de una universidad americana, iban á ser repetidas, para gloria suya, y por una voz nueva que sabe lo que vale ese su título de "doctor montonero", — grado que si él no se lo hubiera conferido ya, vendríamos — "honoris causa" á conferírsele nosotros en la colación de esta tarde! Por eso estoy pidiendo á mis entrañas vivas — ya sé que inútilmente — desde que subí á esta tribuna, el grito de elocuencia que vaya á conmoverle allá en la zona ignota donde mora la sombra de los grandes muertos... Esto si no ha venido ya, por ella misma, la augusta conjurada, ó en la brisa que llega del Plata próximo ó en la luz que se irradia de la pampa vecina:—luz de la tierra pródiga que iluminó sus ojos cuando la contempló labrada y populosa, con la fruición de un artífice que con sus propias manos la hubiese creado; brisa del río epónimo que serenó su frente, cuando pasó por él, una vez á la guerra, otra á la proscripción, otra á la muerte. Haya venido ó no, la augusta sombra conjurada, cómo se regocijarían mis musas, si esta tarde quedara consagrada una ceremonia fantástica y singular en los anales universitarios, pero digna de semejante graduando. Acostumbraron en el ejército de Francia, después de que Latour d'Auvergne sucumbió por su patria, nombrar siempre al soldado ilustre en las listas de su regimiento: iban oyéndose los nombres; los gra-

naderos contestaban á cada llamado, el "presente" tradicional; y al llegar á aquel nombre del camarada que sucumbió en Oberhausen, la tropa, estremecida, contestaba: — "Mort au champ de l'honneur!.... ¡Oh, si todos los años, al llegar esta fiesta, mientras se iba entregando cada diploma, la presidencia llamara entre los graduados á Domingo Faustino Sarmiento, para entregarle su título póstumo de "doctor montonero", y que en lugar del grito heroico de los soldados franceses, un silencio de muerte y de gloria sobrecogiera á los estudiantes argentinos para que la augusta sombra conjurada viniera á cernirse sobre los corazones! Pero bien sé que tal fantasía, no podrá suceder. Aquí las escuelas viven como prescriben sus reglamentos, lo más prudentemente posible. Escuelas hay en otras zonas del mundo, que han alimentado por lo contrario, sus vidas seculares hasta de ensueño y de ingenuidad, y formado con todo ello su fisonomía, su fuerza, su belleza, su carácter, en el derecho consuetudinario de su tradición.

Hubo, señores, una universidad en la tierra que confirió á Sarmiento, en vida, título de doctor honorario. Es una universidad extranjera: la Universidad de Michigan. Deuda de los universitarios del sud para con los del norte de América, es aquel acto simplísimo y conmovedor. Hubiera sido injusticia que yo no lo recordara en esta fiesta, al hablaros en nombre de los profesores. Fué un día de 1868, el día del "commencement", como llaman á la clausura de los cursos y á la entrega de los grados. Fué en la ciudad universitaria de Ann-Arbor, toda sombreada de árboles frondosos, en aquel día de alegría y de sol. Bartolito Mitre, que era en Washington el secretario de Sarmiento, testigo entonces de la escena, la ha descrito en una página bella. Yo no podría hacerlo sin repetirle, ó sin fatigar vuestra generosa atención. Suyo es, sin embargo, este breve cuadro de su momento culminante, que pasó en una escena análoga á la que esta tarde presenciáis: "Terminada la distribución oficial de los diplomas, el presidente, tomando uno de sobre la mesa, nombró á Domingo Faustino Sarmiento, y dijo que la universidad de Michigan,

en Río, Sarmiento quiso saludar al Emperador, que había sido nuestro amigo en la guerra contra el Tirano. El mismo ha narrado, en carta confidencial á Mitre, los detalles de aquella entrevista entre el monarca joven y culto que era entonces don Pedro II, y el viajero desventurado que no era estadista aún, pero que ya había escrito el "Facundo" y visitado aquella Europa romántica del 48. "Estuve con el Emperador, quién me recibió con suma distinción, haciéndome mil preguntas sobre nuestras cosas. Preguntóme si yo había estudiado en la Universidad de Buenos Aires, y respondióme que no, que yo era "doctor montonero", como tantos de nuestros generales, lo que le hizo reír mucho...." ¡Ah, señores, si el peregrino que esas palabras escribía en aquella noche incierta de Petrópolis, hubiera sospechado que en el acto más solemne de una universidad americana, iban á ser repetidas, para gloria suya, y por una voz nueva que sabe lo que vale ese su título de "doctor montonero", — grado que si él no se lo hubiera conferido ya, vendríamos — "honoris causa" á conferírsele nosotros en la colación de esta tarde! Por eso estoy pidiendo á mis entrañas vivas — ya sé que inútilmente — desde que subí á esta tribuna, el grito de elocuencia que vaya á conmoverle allá en la zona ignota donde mora la sombra de los grandes muertos... Esto si no ha venido ya, por ella misma, la augusta conjurada, ó en la brisa que llega del Plata próximo ó en la luz que se irradia de la pampa vecina:—luz de la tierra pródiga que iluminó sus ojos cuando la contempló labrada y populosa, con la fruición de un artífice que con sus propias manos la hubiese creado; brisa del río epónimo que serenó su frente, cuando pasó por él, una vez á la guerra, otra á la proscripción, otra á la muerte. Haya venido ó no, la augusta sombra conjurada, cómo se regocijarían mis musas, si esta tarde quedara consagrada una ceremonia fantástica y singular en los anales universitarios, pero digna de semejante graduando. Acostumbraron en el ejército de Francia, después de que Latour d'Auvergne sucumbió por su patria, nombrar siempre al soldado ilustre en las listas de su regimiento: iban oyéndose los nombres; los gra-

naderos contestaban á cada llamado, el "presente" tradicional; y al llegar á aquel nombre del camarada que sucumbió en Oberhausen, la tropa, estremecida, contestaba: — "Mort au champ de l'honneur!.... ¡Oh, si todos los años, al llegar esta fiesta, mientras se iba entregando cada diploma, la presidencia llamara entre los graduados á Domingo Faustino Sarmiento, para entregarle su título póstumo de "doctor montonero", y que en lugar del grito heroico de los soldados franceses, un silencio de muerte y de gloria sobrecogiera á los estudiantes argentinos para que la augusta sombra conjurada viniera á cernirse sobre los corazones! Pero bien sé que tal fantasía, no podrá suceder. Aquí las escuelas viven como prescriben sus reglamentos, lo más prudentemente posible. Escuelas hay en otras zonas del mundo, que han alimentado por lo contrario, sus vidas seculares hasta de ensueño y de ingenuidad, y formado con todo ello su fisonomía, su fuerza, su belleza, su carácter, en el derecho consuetudinario de su tradición.

Hubo, señores, una universidad en la tierra que confirió á Sarmiento, en vida, título de doctor honorario. Es una universidad extranjera: la Universidad de Michigan. Deuda de los universitarios del sud para con los del norte de América, es aquel acto simplísimo y conmovedor. Hubiera sido injusticia que yo no lo recordara en esta fiesta, al hablaros en nombre de los profesores. Fué un día de 1868, el día del "commencement", como llaman á la clausura de los cursos y á la entrega de los grados. Fué en la ciudad universitaria de Ann-Arbor, toda sombreada de árboles frondosos, en aquel día de alegría y de sol. Bartolito Mitre, que era en Washington el secretario de Sarmiento, testigo entonces de la escena, la ha descrito en una página bella. Yo no podría hacerlo sin repetirle, ó sin fatigar vuestra generosa atención. Suyo es, sin embargo, este breve cuadro de su momento culminante, que pasó en una escena análoga á la que esta tarde presenciáis: "Terminada la distribución oficial de los diplomas, el presidente, tomando uno de sobre la mesa, nombró á Domingo Faustino Sarmiento, y dijo que la universidad de Michigan,

deseando honrar como se lo merecía á su digno huésped y señalar con un acto de pública distinción su visita á aquella apartada región de los Estados Unidos para asistir á la fiesta, había resuelto concederle el título de doctor, porque doctores son los que enseñan, invitando á la concurrencia á ponerse de pie para saludar al obrero incansable de la educación en Sud América, futuro presidente de la República Argentina". Y á esto el cronista de aquel día agrega: "Yo les hubiera dicho á los que tanto se han reído del doctorado de Michigán, que se hubiesen hallado presentes en aquel momento en el teatro de Ann-Arbor, Ante el homenaje tributado á la patria en la persona de uno de sus hombres más distinguidos, á más de mil leguas de distancia, entre las aclamaciones del público, los acordes de la música que ejecutaba el "Hail Columbia", el himno popular del pueblo norteamericano, y los apretones de mano que nos acosaban de todos lados, no hubieran reído, seguramente..." En efecto, señores, aquel doctorado de Michigán fué en vida de Sarmiento, pábulo de la mordacidad y el ridículo para sus compatriotas; y si la jornada de Ann-Arbor fué un día de gloria para el nombre argentino, los hombres libres de la institución que la realizó, han conquistado ante mi conciencia, cuarenta años después, las cátedras de la universidad que yo más amo y cultivo: la Universidad de la Quimera!

La nuestra de La Plata, señores, no teme ser, también, á pesar de sus disciplinas modernas y científicas, una Universidad de la Quimera. Esto quiere decir que aquí no se teme á la juventud ni á la libertad. Las ciencias que la han unido con la naturaleza, le han impuesto, asimismo, esa alianza con todas las formas de la vida. El acto de esta tarde es un augurio, y es la ratificación de aquel ideal. Sarmiento, que fué una forma potente y argentina de la vida libre, lírica y siempre joven, ha entrado esta tarde en nuestra Universidad, pero nuestra Universidad ha entrado, solemnemente, en el espíritu de aquel noble creador. Los institutos de la cultura superior, á pesar del desinterés humano de sus labores, no podrían prescindir de la patria, puesto que es una forma concreta de la vida en que

se nutren, y acaso la más real y preciosa por ser la inmediatez de hechos geográficos y sociales que la rodean, formándole cómo su atmósfera ideal. La ceremonia de hoy afirma que ella quiere arraigar en las honduras de nuestra historia para vivir mejor, como otros actos prueban que ha tomado del medio todos los elementos que podían nutrirla, y desenvolver en ella sus posibilidades científicas y morales. En tal sentido se diferencia de otras universidades sudamericanas, sin ser por ello su contradicción, sino su complemento. Yo he sido convertido al universitarismo, por ese espíritu de libertad. Comenzó esta conversión una tarde que me paseaba, con un viejo maestro de Oxford, en el plácido parque de "Magdalen College". Había visitado algunas universidades de la Europa meridional y conocía las nuestras; pero aquel día comencé á descubrir que había en el mundo otra universidad que no era la policial, la burocrática, la formularia, sino otra más en armonía con mi vocación y mi temperamento. Debo á esta casa, el haber completado esa conversión.

La universidad teológica ha muerto porque se apartó de las realidades de la vida. La universidad legalista va en vía de muerte, también herida por el mismo mal. La universidad científica ha aparecido en los pueblos anglosajones para reemplazarlas. La nuestra de La Plata, al amparo de esta ciudad hospitalaria y moderna, ha sido la primera en intentar la nueva forma en esta parte de América. Pero permitidme decir que aún aguardamos la universidad del porvenir, esa Universidad de la Quimera, que concilié lejos de fórmulas y de premios, en una síntesis aún no vista,—la verdad, la belleza, la fuerza y la moral, — que son las cuatro formas posibles del espíritu humano.

Venturoso nuestro país, y predestinado también para esa gloria, si entre nosotros ha de realizarse esa universidad del porvenir. Entre tanto, todo nuestro esfuerzo más noble debe ser para nutrir á las que tenemos. El problema argentino de la hora actual, no tiene su única solución en la enseñanza primaria, como cuando Sarmiento lo planteó. Acaso es más bien un problema de educación superior. El destino de las

naciones depende, por ahora, más que de sus muchedumbres pasionales, de sus minorías directivas, y de estas va á depender por mucho tiempo, aún en las democracias. Pero, desde luego, el problema argentino es un problema de educación, y de educación superior, puesto que en él se implica la solución de los otros. Sarmiento lo presentía, cuando al tratar, en una memoria académica, sobre las condiciones para escribir y comprender la historia, dijo: "Son la inteligencia y la voluntad las que constituyen la asociación, y no la tierra, ni la sangre." Exageraba, desde luego, su vigoroso idealismo, al prescindir de la tierra, pero al plantearlos como un problema espiritual, quería decir que eran problemas de educación los de la historia; así, entre nosotros: los más urgentes de la democracia representativa, hoy ilusoria; de la capacidad estética, hoy casi nula; y de la cohesión nacional, aún deleznable. Afrontar esas tres cuestiones es la empresa que se impone á los maestros de la universidad, y á la juventud que sale de sus aulas.

Jóvenes graduados que partís esta tarde á incorporaros del todo en la vida argentina: hace un instante os entregaba el escudo; ahora os ofrezco en ello una bandera por la cual podréis luchar... El escudo que os he dado, Sarmiento mismo lo forjó, como Vulcano al de Eneas. Id á buscar en la propia obra del maestro, cuyo nombre auspiciará desde hoy vuestra carrera, el significado y los orígenes de la gesta portentosa que en ese mismo escudo repujó. Aprended, por ella, que no se llega al éxito sin el trabajo, y á la gloria sin el desinterés. Imponeos, como deber ó como ideal, la empresa de continuar aquella gesta. Ante los problemas actuales, id á buscar inspiraciones en aquel numen tutelar, y cuando no las halléis en la doctrina del héroe, halladlas, por lo menos, en la bravura del varón. Os he mostrado el espectáculo de un alma providencial en presencia de la juventud, cuando ésta llegaba hasta él á confortarse, y os he dicho cómo nada era tan pauroso, tan formidable, tan bello, como la emoción que conmovía las profundidades de su sér, vuelto de un polo hacia el pasado que es el tiempo, el dolor, el remordimiento, la tragedia, la carne de la humanidad enraizada en los légameos de

la tierra y pugnando por redimirse de su génesis; y del otro polo vuelva hacia el porvenir que es la esperanza, la eternidad, el ideal, la libertad, el alma de la humanidad tendiendo á la justicia de lo que ha de venir, á la ley de justicia que es ya anhelo, y que ha de ser un día para todos los hombres, verdad en las representaciones de la inteligencia, lealtad en los movimientos de la conducta, belleza en las relaciones de la sensibilidad. Aquel espectáculo aún podrá repetirse, porque Sarmiento ha renacido en su gloria y porque vosotros sois los mismos jóvenes de ayer. Y cuando volváis á su alma que está en sus libros, veréis la grandeza religiosa de aquellos encuentros que os he mostrado, cuando la marea siempre renovada de las nuevas generaciones llegaba hasta su corazón rompeolas donde sentía montar, bramar, cantar, olear, pasar, bajar, montar de nuevo, por este lado del tiempo, los seres y las cosas de su patria; mientras por el otro lado su genio providencial auscultaba el silencio de Dios, la eternidad de Dios, la inmovilidad de Dios, el misterio de Dios, donde se forja—como en la mente el pensamiento que ha de ser la palabra—los antídipados destinos de las razas, la hecatombe de los continentes, la gloria y las fatalidades de la vida, y hasta la lenta agonía de los astros que fueron alguna vez soles ardientes, y que hoy van, cadavéricos, como la luna yerta y pálida, allá en los negros antros de la noche profunda que no osamos mirar.

He dicho.

Discurso del ex-alumno de la Sección Pedagógica don
Amaranto Abeledo.

El ex-alumno de la Sección Pedagógica de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, don Amaranto Abeledo, contestó al señor Profesor don Ricardo Rojas, en nombre de los egresados, pronunciando las siguientes palabras:

Excmo. Señor Ministro de Justicia é Instrucción Pública;

Señor Presidente:

Señoras; — Señores:

Por virtud de una generosa cuanto inmerecida designación, cábeme el honor de formular en este acto solemne á nombre de los alumnos que terminan su carrera universitaria, la palabra de adiós á la casa, que recogiéndonos en sus umbrales, ofreciera á la sed de nuestras almas para calmarla y fortalecernos, los puros é inagotables raudales de la verdad y de la ciencia.

Tras afanosa y accidentada marcha, hemos llegado, señores, al primer alto de la jornada. Y, prontos ya á reanudarla, cubiertos aún los pies con el polvo del camino, sentimos latir en los pliegues más íntimos del espíritu, un sentimiento de indefinida tristeza, de esa misma tristeza que se apodera del viajero, al alejarse la barca de las costas risueñas donde quedan sus caros afectos y viera correr los plácidos días de la adolescencia. Un pesar inefable sentimos que traiciona nuestras fuerzas, al contemplar la senda que ayer recorriéramos y ver hundirse para siempre en el mundo del recuerdo tantas gratas é inolvidables impresiones recibidas!

Ah! cómo vuelven en estos momentos á nuestros espíritus los imborrables recuerdos del aula, las múltiples incidencias de la vida estudiantil, llenas de ese colorido vivísimo que

sólo ellas tienen, las francas amistades forjadas al calor de nobles y espontáneos sentimientos, las horas queridas en fin, consagradas al estudio en la soledad de la estancia, acaso desmantelada y fría, y en las que, como en ningunas otras, sentíase la nostalgia del hogar lejano, y la ausencia de la férvida y cálida caricia de la madre...

Hemos llegado, sí, al primer alto de la jornada, y fuera ocioso expresar toda la trascendencia que para nosotros este hecho significa.

Sabemos bien que el diploma profesional que hoy se nos entrega, trae consigo aparejadas responsabilidades y deberes ineludibles, llamados á poner en más de una ocasión á prueba, la fortaleza y empuje de nuestras fuerzas morales.

Tampoco ignoramos que por él contraemos un doble compromiso de honor: el uno hacia la casa que nos otorga algo así como una carta de garantía, el otro hacia la sociedad en cuyo seno deberemos ejercitar nuestras actividades.

No intentaremos reseñar los diversos roles en que están éstas destinadas á traducirse, pues entendemos que por el carácter de nuestra representación, debemos especialmente circunscribirnos á hacer una sencilla exposición de votos y propósitos.

Recordemos, sí, que aparte del ejercicio práctico de nuestras respectivas profesiones, tenemos por delante un campo vasto y amplio donde trabajar en común, tanto por las condiciones personales que aquéllas suponen, cuanto por el carácter de ciudadanos que investimos.

Tócanos en efecto, participar de la iniciación de una nueva era en la vida nacional, destinada á ser sin duda fecunda en los dominios de la inteligencia y del trabajo.

Acabamos de trasponer la primera centuria de vida independiente, y si bien es cierto que hemos logrado durante su transcurso vencer las dificultades que se oponían á la organización del país, y conseguido establecer definitivamente nuestra soberanía frente á las demás nacionalidades, habiendo llegado á constituir también uno de los emporios productores de mayores resonancias en el mercado universal, no lo es me-

nos el hecho de que, entramos en la segunda, teniendo sobre el tapete á resolver complejos y difíciles problemas que será preciso abordar con espíritu nuevo, en concordancia con las exigencias de la vida moderna, ya que no es posible, según la frase evangélica, contener vino nuevo en odres viejos.

Y así, mientras por un lado se yergue el problema del nacionalismo, con sus conexos la inmigración y la naturalización, demandando en forma imperiosa la atención preferente de los hombres de estudio, si es que no quiere verse diluir en medio del aluvión cosmopolita el sentimiento de la nacionalidad, que es una de las fuerzas poderosas con que cuentan los pueblos para cumplir sus destinos, preséntase por otro la árdua cuestión social, ó por mejor decir, obrera, tan seria hoy en nuestra metrópoli como cualesquiera de las capitales del viejo mundo según el concepto de Posada, y la cual parécenos que no ha de solucionarse con medidas de represión extraordinarias, sino yendo á buscar el remedio en la misma raíz del mal, poseídos de un hondo sentido de justicia y solidaridad humana.

Pero, sobre todo, preocupánnos los problemas de un orden eminentemente moral, pues nos anima el convencimiento de que á su solución, van unidos por una ley de encadenamientos forzosos cualesquiera otros que pudieran presentarse.

Siempre hemos admirado más la gloria de Atenas, que los efímeros laureles de Cartago, la Roma de Cincinato, con su vida agreste y sencilla, que la Roma del Imperio, con todos sus esplendores y magnificencias.

Lejos pues, de conformarnos con ser el "granero del mundo", que diría Anatole France, anhelamos contribuir con nuestro grano de arena, á formar un pueblo fuerte é inexpugnable por sus atributos morales, persuadidos de que son los únicos capaces de fundar una grandeza perdurable.

No se nos escapa cuánto será necesario insistir hasta hacer de esta finalidad un hecho tangible á pesar de los generosos y plausibles esfuerzos que se han realizado y vienen realizándose por instituciones y hombres acreedores á toda la gratitud de sus conciudadanos.

Encauzar por nuevas corrientes una sociedad determinada, no es ciertamente obra fácil ni tampoco de un día. Y menos, cuando se han arraigado fuertemente en ella por virtud de circunstancias múltiples, prejuicios y tendencias que han llegado á ser parte de su misma vida.

Y así, subsisten todavía en el alma de nuestro pueblo, los vestigios demasiado visibles de las deletéreas enseñanzas que se nos infundieron durante la larga siesta colonial, las cuales fundadas principalmente en los principios de la obediencia ciega, de la infalibilidad y de la carencia de aptitudes propias para obrar, nos indujeron é inducen á menudo á esperar todo del cielo y renunciar al ejercicio libre de las facultades mentales.

De ellas es que han hecho derivar nuestro estado de lamentable incapacidad para comprender y hacer prácticos los principios que mueven hoy la vida de los grandes pueblos civilizados, autores que nos son familiares y que hemos aprendido á apreciar durante el curso de nuestra carrera universitaria.

Y es en ellas sin duda también, que hay que ir á buscar directa ó indirectamente el origen de nuestra larga secuela de debilidades y defectos, en virtud de los que, la conciencia duerme aletargada, el carácter y la virtud aparecen sacrificados al vano oropel, la mentira ha pasado á ser una enfermedad crónica, el escepticismo corroe el alma nacional imponiendo su nota gris al ambiente, la lucha altiva y denodada se rinde al fácil escalamiento de las posiciones públicas, se menosprecian y provocan á menudo la befa las intenciones puras, desinteresadas é ingenuas, y no hemos alcanzado, después de un siglo de vida independiente, los beneficios del gobierno libre, á pesar de toda nuestra tan decantada democracia, que como la sombra del famoso drama shakespeareano se desvanece y esfuma no bien intentamos palparla.

Los ideales de Rivadavia, de Alberdi y de Sarmiento, no están aún, pues, realizados en toda su extensión; de Alberdi, que enseñaba que no debíamos cambiar un coloniaje por otro coloniaje; de Sarmiento, que predicaba la necesidad de sus-

tituir la tradición española á la tradición europea; — entendiendo con ello el concepto que posteriormente diera Joaquín Costa á este vocablo — de Rivadavia, que implantó y proyectó reformas, que hoy casi un siglo después los prohombres que en la madre patria luchan por una "España nueva", no han podido aún realizar.

Preciso es entonces romper en primer término con aquella tradición secular que traiciona tan á menudo nuestros mejores propósitos, infundiendo en nuestro pueblo los principios que han de darle la persistencia en la lucha, la confianza e nla acción individual, la pureza en las intenciones, el reconocimiento en el error y el coraje en la idea.

Preciso es llevar á su alma la persuasión de que, parafraseando á James William, la grandeza de la República Argentina, sólo existirá el día en que en cada pecho de cada ciudadano, cobijado bajo los pliegues de la bandera blanca y azul, lata un hondo sentimiento de justicia, de amor y de verdad.

Preciso es, en fin, infundirle un profundo amor á la ciencia, para que pueda, estimulado por ella, sacudir para siempre los yugos del error, que son mil veces más funestos y oprobiosos que los yugos de las humanas tiranías!

Ya véis, señores, cómo sin quererlo, venimos necesariamente á caer en el campo de la educación.

Porque si ella — tomada desde sus distintos aspectos — pudo levantar á Alemania de la postración en que yacía, cuando Fichte le dirigiera sus célebres "Discursos", si pudo fundar la estupenda grandeza de la Nación Norteamericana, que asombra hoy al mundo con su potencialidad moral y material, si pudo dar culminación brillante á la civilización inglesa desde los claustros venerables de Oxford y Cambridge, é hizo resurgir de su sueño secular incorporándolo al concierto de las naciones civilizadas, á uno de los imperios más viejos de la tierra, con el cual nos separan profundas diferencias de raza (dejando así comprobado que no es en ellas que se funda la decadencia ó adelanto de los pueblos), también hará nuestra futura grandeza.

Comprender esa verdad, que hoy se nos aparece tan

clara, adivinar la necesidad de abrir horizontes nuevos al espíritu argentino, despojando de él, todo aquello que pudiese ser un óbice al mejoramiento y al progreso, fué como vosotros sabéis, la genial intuición de Sarmiento, del gran Sarmiento, bajo cuya advocación háse tenido la feliz idea de celebrar este acto.

El programa de aquel ilustre argentino y esforzado paladín de la verdad, de quien bien puede decirse que "muerto, habla", está aún pues de pie ante las generaciones presentes, estimulando á combatir el error cualesquiera fueran las formas con que se nos apareciese revestido.

Tomar su nombre entonces como una bandera de acción, debiera ser el designio que se trazaran los que hoy egresan de esta casa, y especialmente aquellos á quienes se otorga el título de profesores de enseñanza secundaria.

Una feliz identidad de propósitos y anhelos existe entre el espíritu que flota sobre ella y el que diera á aquél gloria inmortal.

Como él, persigue sobre todas las cosas la verdad por el camino de la ciencia.

Como él, y siguiendo las inspiraciones luminosas de Luis Vives, á quien en tantas ocasiones nos recordara nuestro ilustrado presidente, no ha dado cabida en su seno á ninguna suerte de prejuicios, con los cuales la historia nos demuestra que no han ido los pueblos sino á la decadencia y á la muerte.

Y, como los frutos de las enseñanzas que él impartiera, serán los de ella también, no lo dudéis señores, ópimos y abundantes, á la manera de los de la buena semilla de la Parábola del sembrador.

Señor Presidente:

Señores Catedráticos:

Es el momento en que debemos despedirnos de esta casa, que hemos visto nacer, y á la cual somos deudores de todo nuestro haber intelectual.

Cúmplenos por lo tanto agradeceros las sabias enseñanzas y consejos que nos habéis dado, confiados en cuya eficiencia, lejos de temer la iniciación de la lucha, hallámonos dispues-

tos á afrontarla sin temores pueriles, animados de una corriente pura de optimismo, y alentados por la fe en el éxito final.

Es nuestro ideal, el mismo que simbolizara Longfellow, en una de sus poesías más tiernas y hermosas.

Permitidnos recordáosla: Un joven apuesto é intrépido, escala los empinados Alpes, llevando en su mano una bandera que dice: “¡Excelsior!”

En vano desciende la noche melancólica, y abaten inclementemente su rostro el cierzo helado y la nieve.

En vano seductoras voces le llaman incitándole á volver atrás y á abandonar el camino emprendido, á cuyo término le espera acaso la muerte.

El mancebo sigue siempre adelante agitando su bandera; háse propuesto clavarla en lo más alto de la cumbre y nada ni nadie le detiene.

Cuando al lucir de la aurora, despierta el monje morador de la montaña, el céfiro le lleva envuelta en sus alas invisibles la última plegaria de un moribundo que aún sigue repitiendo: “¡Excelsior!”

Ese es también, sí, nuestro ideal: llegar á la cumbre, allí donde las puras nieves, se confunden con los rayos de un sol resplandeciente y diáfano.

He dicho.

Durante este acto, ejecutaron varios números de canto y piano la señorita Lola Juliáñez Islas y el señor Hugo del Carril, que prestaron á la Universidad su desinteresado concurso.

El acto terminó siendo las 4.15 p. m.

E. del Valle Iberlucea.

Secretario General del Consejo Superior